DE LA ALEGRÍA Y EL AMOR

¡Ay, felicidad, felicidad! ¿Dónde encontrar la felicidad? Quizá sea más productivo y concreto desear, alcanzar y transmitir cada día un poco de alegría.

Nos dice Jesús en el Evangelio, que leeremos el domingo próximo, que cuanto nos ha dicho es "para que mi alegría esté en vosotros y vuestra alegría llegue a plenitud". A una sociedad tan buscadora de felicidad, a unos jóvenes tan ansiosos de satisfacciones y experiencias gozosas, Jesús les ofrece su alegría y una alegría plena.

Acabo de leer una afirmación rotunda de José I. Pagola que me ha gustado mucho: "Quien ama como Jesús, vive aliviando el sufrimiento y secando lágrimas". En esto consiste la alegría de Jesús, en pasar haciendo el bien, curando toda dolencia. ¿Consiste en esto la alegría de los cristianos? ¿Comenzamos nosotros realmente por ser testigos de la alegría, fruto y causa a la vez de la esperanza?

Ahora bien, la alegría está no sólo íntima sino indisolublemente unida al amor. El amor afectivo y eficaz. El de aliviar el sufrimiento y secar lágrimas. Pero no por deber sino por compasión, empatía, solidaridad. Porque el otro es parte de mi mismo y cada uno es realmente parte del otro. El individualismo y la soledad, tan propios del liberalismo que define a la modernidad, no pueden entender la unidad indisoluble de toda la especie humana, incluso la unidad de ésta con el universo entero.

Por eso, el amor que Jesús vive y propone a sus discípulos como distintivo, como marca del cristianismo real, es el único mandamiento. Más aún, es el testamento de Jesús. Y así es también la raíz y el fruto de toda conducta cristiana.

La indiferencia y la creencia, decía el difunto P. Javier Gafo Gafo, citando a García Escudero, ya no están a la puerta de nuestra casa, sino que han penetrado en ella y hasta lo más recóndito del corazón**. Por eso lo que urge no es recuperar la ortodoxia sino la ortopraxis, el amor, la filía.**

De esa filía, de la amistad a las personas, a las cosas, a todo lo creado, lo que se mueve y lo que no se mueve, nace la alegría. Esa que tanto necesita nuestra sociedad, nuestro mundo crispado por ansias y sobreactuaciones del ego. Egos personales y egos colectivos de partidos políticos absolutamente desnortados o de personas y grupos que, desde lo más banal como el deporte a lo más sagrado como las religiones, sólo buscan el crecimiento propio y el hundimiento de los demás.

Sólo con esta amistad, con la "filía" a personas y cosas, veo posible permanecer, superar los desencuentros, crecer en confianza, iniciar cada día la difícil tarea de aprender a vivir, que es también aprender a enseñar y a soñar. Para que se cumpla en nosotros el sueño de Jesús, aquel para el que nos eligió y destinó: dar fruto y fruto duradero. No hay nada más deseable y sencillo: en ese amar cotidiano y humilde reside la verdadera alegría. **Como la de Dios, "el amigo de la vida**".

JOSÉ MARÍA YAGÜE CUADRADO